

nores en comparación con los aciertos, que también caracterizan al libro ya que se encuentran a pasto. La principal de ellas, es el nombre de los personajes (¿por qué esos nombres?). Desdeñando una amplia tradición nacionalista, Casamadrid ha preferido bautizarlos con nombres tan irreales y pretensivos como "las hermanitas Crimson"—es obvia la influencia colonialista del rock, y por ello mejor no abundemos en el tema. Otra: algunos de los diálogos son inverosímiles (pág. 37) y no acaban de convencernos, aunque se les logra apoyar con el atinado tratamiento de las situaciones (sin embargo es necesario añadir que a veces las situaciones mismas no acaban de lograrse).

Es necesario que los jóvenes escritores se desprendan de esa serie de vicios que la narrativa hispánica arrastra desde sus orígenes (por ejemplo, el uso inmoderado de las voces pasiva y transitiva) pero, con todo, el libro de Raúl Casamadrid es realmente elogiado por sus facultades y su desbordante talento. Sobre todo cuando lee en voz alta. Esperemos.²

Notas

1. El redactor se refiere a su reseña.
2. "que estos malditos cristeros me suelten pronto", dice el resto de la frase, ilegible por una mancha de chocolate. (la R.)

LA REALIDAD EN EL DELIRIO

El movimiento surrealista, de Adriana Yáñez, Editorial Joaquín Mortiz, serie del volador, 1979, 95 pp.

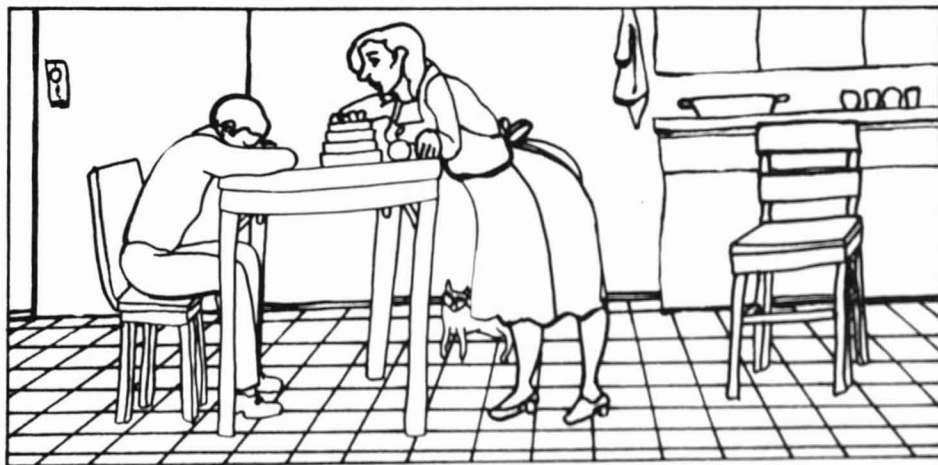
POR MANUEL CAPETILLO

En general, criticar es prejuizar, tomar el punto de vista de eso que se critica, para reconstruirlo o para desarmarlo apasionadamente, a fin de formar parte de ese objeto del que nuestra atención se ocupa. Al leer los escritos de Adriana Yáñez reunidos bajo el título de *El movimiento surrealista*, me queda la impresión de que esa ha sido la actitud de la escritora: mirar desde fuera el motivo de su observación —fríamente, incluso quizás con un tono y un orden relativamente escolares—, pero después de todo comprometiéndose con el Movimiento, a través de la distancia de esa observación metódica propia de quien algo estudia, hasta empaparse un poco en el pequeño mar de la admiración, no ya respecto al surrealismo, sino siendo surrealistas la misma admiración y la propia admiradora, en la medida en que la tercera parte del libro busca precipitarse rumbo a la experiencia del delirio, aquella en la que la realidad es cierta porque es libre.

En esta tercera parte, titulada "Eros y poesía", en la que Adriana Yáñez se entretiene especialmente en el tema del deseo,

bajo su condición eficaz que todo lo atrapa en el límite de lo vivido, el libro substituye el procedimiento que supongo analítico histórico de los Antecedentes (I) y de la Concepción de hombre y del mundo (II) propuesta por el terror de los románticos "autores del mal" y por su consecuencia inmediata: ese grupo de hombres entregados al escándalo, a la revolución humana, a soñarse a sí mismos y a la locura, punto no de fuga sino de encuentro de la libertad predicada y practicada por quienes integraron el movimiento surrealista.

El libro substituye su método de análisis, porque Eros y poesía (III) es medio del que la autora se vale para paticipar más directamente en lo que dice, atrapada por el



sueño y por la noche y por el amor deseado, y se diría que esto sucede, además, gracias a las contradicciones de esa suerte de escritura automática a la que Adriana Yáñez termina por entregarse, así como a un olvido sustancial en que las últimas páginas, al contrario de lo que ocurre con el recuerdo insistente en las primeras partes: frente a la conclusión —"La imaginación enferma cantó dolores de inconciencia a alguna divinidad oscura..."—, resalta la esperanza humana, la luz, la unidad, la libertad, "las condiciones necesarias que hagan posible la vivencia del instante privilegiado", como la propia Adriana Yáñez lo indica.

Se trata del instante en que las puertas de ese estado de vigilia que es el sueño se abran a fin de que conozcamos la realidad "otra", lo cotidiano experimentado en su dimensión absoluta. Atrás del horror, del insulto, del espectáculo surrealista, que atenta contra lo que el hombre cree ser, está el hombre verdaderamente libre: el suicidio, el asesinato, las manifestaciones repugnantes creadas a manera de obra revolucionaria y vividas por los surrealistas y sus predecesores aparecen en este libro como la denuncia que busca la transformación del mundo: la transformación social mediante el encuentro que los individuos tengan con la libertad, con lo deseado.

Tal vez haya una especie de omisión al subrayarse sobre todo la obra literaria de determinados surrealistas, mencionando-

se sólo como de paso a los autores pictóricos del Movimiento. Sin embargo esto es de importancia menor, dado que la pretensión principal del libro consiste en establecer la estrecha relación entre la búsqueda y la práctica, entre las ideas y las acciones: los integrantes del surrealismo fueron en su momento, porque entonces el surrealismo para ellos fue toda su existencia: la persecución y el ejercicio de la libertad hasta el límite de la razón, hasta el límite de la existencia.

Magia, misterio, sueño, deseo, visión de la realidad "desde la otra orilla", según informa Adriana Yáñez en la forma detalladamente subjetiva y sin novedades de su libro, hacen de la voluntad surrealista un movimiento intransigente que se opone a toda imposición. Por eso tuvieron lugar las simpatías y las rupturas, la ineficacia ante un mundo dominante considerado por sí mismo como estructura acabada y

perfecta, conocido, y enemigo de abrir las posibilidades de la vida: "Y empezaron los críticos a teorizar (al margen de Marx) estableciendo diferencias entre arte puro y arte comprometido... La función militante no puede ejercerse a costa de la función crítica... los surrealistas no supieron o no quisieron someterse a la disciplina del Partido..."

"Sólo ahondando en la propia existencia se puede llegar a lo Uno universal... (los surrealistas) abrieron las puertas de la esencia de la poesía, la misma que encontramos en los grandes mitos, la que cantan los grandes poetas", dice Adriana Yáñez, porque si bien el movimiento surrealista se dio en un período de este siglo, lo maravilloso, el sueño y el deseo han existido y existirán siempre, mientras seres humanos vivan en la tierra de nuestra realidad.

ARCADIA TODAS LAS NOCHES

Guillermo Cabrera Infante. *Arcadia todas las noches*. Seix Barral (Biblioteca Breve, 438), Barcelona, 1978.

POR ALBERTO PAREDES

Guillermo Cabrera Infante a los 29 días de edad "va al cine por primera vez con su madre, a ver *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* ('reprise')." ¹ A lo que pudo ser fruto del azar y olvidarse aun como anécdota biográfica, se le concedió la categoría de